El artista coruñés refleja sus impresiones sobre paisajes que le han impactado

VICENTE PREGO Y SUS PAISAJES DE ESCISIÓN

TEXTO ***Fátima Otero. Crítica de Arte***

La acción del tiempo en su incesante labor depredadora genera una nueva topología que tiene mucho que ver con la estética de la catástrofe, del accidente y la inevitable degradación que hace envejecer todo cimiento. Es un proceso natural, irreversible que termina por afectar a cualquier elemento de la vida, hasta que se acaba. Esos ecos temblorosos, de escisión, arruga o perforación tienen un cierto paralelismo en la manera de construir sus imágenes el artista Vicente Prego (A Coruña, 1957).

ESTE CORUÑÉS ASENTADO EN COMPOSTELA vuelve a la galería Espacio 48, y lo hace, una vez más, con sus habituales paisajes y bodegones, una constante en su producción en la que condensa lo visto y lo vivido, y a través de ello incide en su idea reiterativa del paso del tiempo. Ese que tanto empeño pone en cambiar las cosas y a uno mismo envejeciendo cualquier superficie que roza a su paso.

Esa presunción la adopta el artista deteriorando, rallando y taladrando sus habituales tablones, en los que siempre siembra graffitis, rombos, ruedas o variadas marcas además de chafarrinones de pintura; todo menos un artificial pulido que vaya en detrimento de sus trabajadas texturas repletas de goteos y de muchas huellas en la piel de sus tablas o papeles como aparente testimonio de experiencias sentidas o quizás padecidas.

CON ESTOS CONDICIONANTES, los espectadores perciben la enorme paciencia empleada en la elaboración de sus obras. Utiliza tablas, generalmente de contrachapado, a menudo dejadas en barbecho un tiempo para volver a ser atacados con nuevas historias que contar. A veces a través de frases que improvisa sobre la marcha, manuscritos que luego cubre parcialmente para una vez más avivar el misterio.

Lleva años abordando el paisaje, que se nos presenta como nada claro. Lo que él percibe siempre parece esfumarse o adivinarse poco a poco y sólo a través de lo sugerido. Lucen aspecto deliberadamente vago por la técnica empleada, por la melancolía de unos colores siempre apagados, muy trabajados y con un cierto sentimiento de pérdida y deuda a las antiguas civilizaciones de las que tan deudores nos sentimos.

Busca siempre desde el paisaje o el bodegón un punto de intimismo y penetración. Esa entrada no la corta, incluso, ni el pequeño formato, jamás copia reducida del grande, sino que posee la misma intensidad formal. Ambos delatan por cada uno de sus poros la presencia del hombre aunque este haya sido expulsado totalmente de la pintura con clara intención. En este sentido no podemos hablar de deshumanización de unas obras que siempre delatan la huella humana aunque no aparezca explícitamente; tan sólo sus resultados.

La madera como soporte posibilita la inclusión de incisiones y rayaduras

PREGO HACE SENTIR sus paisajes como hermanados con un dulce sueño eterno. Así, su paleta despliega sus alas de cierta tristeza y melancolía por su insistencia en maltratar, desgastar y deteriorar las superficies hasta conseguir apagar los iniciales colores vivos. Todo para lograr adormecer y eternizar itinerarios recorridos y pateados por él en sus numerosos viajes a la India, y en general por toda la cuenca del mediterráneo. En otras ocasiones los distorsiona o inventa, siempre actualizados desde el recuerdo porque aún recurriendo a fotos antiguas son imágenes totalmente personalizadas y creadas desde la virginal superficie pictórica.

El resultado final se traduce en escenas que semejan emerger de un sueño profundo, colmadas de descanso y suma paz, como liberación del trasiego continuo de la vida. Prego gusta de impregnar sus tablas de tinieblas y sombras usadas para mostrar la primacía del inconsciente. Usa colores en penumbra, valorando el elogio de la sombra, de Tanizaki, y el largo repertorio de artistas que han trabajado con ella desde El Greco a Ribalta, Rembrandt, Tápies y otros informalistas europeos. Y a su vez, como artilugio activador de las tensiones espirituales de una época y las generadas entre figura y abstracción, lo pictórico y lo literario o entre el caos y el orden.

A la vez que conjura a contrarios, gusta de translucir una sensación de magia y de enigma, de flujos secretos entre el hombre y el mundo; por eso recurre a tanta cocina en su arte y a potenciar los estados de su subjetividad. Su expresión se torna, entonces, un tanto triste, en la que prima la belleza del silencio, en donde se intuye un sentimiento de pérdida, de desorientación y cierto tipo de desarraigo.

APROXIMACIONES que no tienen que extrañar ya que Prego es artista de lo profundo. Apela a una cierta dimensión sublime en la medida en que introduce ambigüedad y cierta extrañeza en la percepción, y lo que no puede evitar es que salga a flote la naturaleza de su infancia a través de formaciones palmerales, esos núcleos arbóreos brotando de muchas superficies que tanto le recuerdan su estancia andaluza a la vez que refuerzan el exotismo del ambiente creado.

Vicente Prego es un eterno nómada que recorre amplios espacios, que juega al rol de las culturas sin fronteras, buscando rincones de Palestina, Damasco, Egipto, La India, Venecia, Roma; aunando lo oriental y lo occidental. Sumando y no restando antiguos mundos, en una suerte de temor a la pérdida de nuestros vestigios, de las siempre atemporales viejas civilizaciones.

TAL VEZ POR ELLO se empeñe en recrearlas de nuevo para intentar atrapar el legado que aún respiran, para preservar su imparable caducidad a modo de diario personal e íntimo que asume sus propias contradicciones y dudas. Una pintura densa en materia, rica en tonos, soberbia en matices y decadente en luces crepusculares... esas capaces de seguir acentuando la lúcida certeza de la potencialidad destructora del tiempo ante en el nadie puede escapar.